

CARTA DE LA EDICIÓN

EL GENIUS BALCÁNICO ANTE LA UE

Miguel Rodríguez Andreu

«Los Balcanes no están esperando simplemente a ser descubiertos».

Pashcalis Kitromilides

Dice el crítico musical de The Guardian, Garth Cartwright, que la *sevdalinka* «merece una comparación con el flamenco español y el fado portugués»¹; que tras sus letras se esconde el mismo sentimiento respecto al amor que guarda el mundo árabe, donde el deseo, la oscuridad y el amor frustrado se combinan en un equilibrio musical repleto de erotismo. Amira Medunjanin es su cantante más conocida —el crítico musical la definió como la Billy Holiday de Bosnia—. No obstante, Medunjanin no renuncia en su música al jazz y a otros géneros musicales; de hecho ha colaborado con Mostar Sevdah Union, uno de los paradigmas de la música fusión de los Balcanes, del que formaron parte grandes voces locales como Šaban Bajramović o Ljiljana Buttler. La cantante bosnia incluso cita entre sus influencias a Nick Cave o Shane McGowan, ampliando sus referencias a mundos musicales que aparentemente están muy lejos de la música folk del sudeste europeo.

Amira Medunjanin nació en Sarajevo, habla perfectamente inglés, y durante un tiempo trabajó para la Comisión Europea como traductora. En una entrevista en el año 2007 dijo que «Bosnia tiene mil años de historia, pero por culpa de la guerra ahora es un nuevo país, por lo que seguimos buscando nuestra identidad y la *sevdah*² es parte de ella».³ La búsqueda de identidad remite a los laberínticos espacios de la sociología, donde no solo importan las intimidades o el subconsciente del individuo, sino también la forma en la que la persona se relaciona con el mundo. Para el sociólogo George Herbert Mead la identidad es un diálogo con los demás, donde la interacción con otras personas resulta crucial en la formación de la personalidad. Desde esta perspectiva, la música es una manifestación identitaria más, pero es una de las formas de comunicación más universales, donde la creatividad del individuo y su externalización se proyectan hacia otros individuos conformando una conexión social.

¹ “We were all close to go crazy”

<http://www.theguardian.com/music/2007/may/24/classicalmusicandopera.worldmusic>. Consultado el 12 de julio de 2013.

² La palabra proviene del turco *sevda*, que proviene a su vez de la palabra árabe *sawda*. Hace referencia a un sentimiento de pasión, amor y melancolía.

³ *Ibidem*.

Aquí reside el valor principal de Medunjanin: en su capacidad de conectar a través de la música con otras personas con las que aparentemente no guarda vinculación nacional, y lograr así conformar una extensa comunidad de seguidores que se identifican plenamente con su trabajo artístico sin atender al significado de su origen nacional, pero también sin negárselo.

La desaparición de Yugoslavia provocó el efecto contrario. El nacionalismo por defecto emergió a la superficie con motivo del *vacuum* ideológico que generó el fin del socialismo. Se redujeron los estímulos sociales y el intercambio humano se fue estrechando hasta los márgenes de la identidad nacional y de sus claves culturales más básicas. Los nuevos Estados fueron fundados sobre la base de la cosmovisión cultural del grupo étnico mayoritario, y la pureza de la nación se convirtió en un modelo de homogeneización social. Esta eclosión de la identidad étnica implicó una comprensión restrictiva de la vida social, y el resultado, en muchas personas, fue una adhesión acrítica a la nación y a la religión nacional. Ante el abismo del cambio, las creencias comenzaron a importar más que las ideas, y los comportamientos en definitiva perdieron su espíritu de elección individual más libre y espontáneo.

Esa inercia hacia el pasado, surgida incluso antes de la misma fragmentación de Yugoslavia, coincide en el tiempo con la multiplicación de relaciones políticas y económicas generadas por el Tratado de Maastricht y la proyección de la actual UE. Desde esto hace poco más de 20 años, y el resultado son dos inercias contradictorias. Por un lado, el reforzamiento de los lazos étnicos en el sudeste europeo, y, por otro lado, la eclosión europeísta, que invita a la comunicación y el contacto entre personas con intereses similares en lo que se concibe como un proyecto de unión pero en la diversidad.

Las naciones balcánicas deben actuar frente a un mundo económica y socialmente interdependiente, que se ha ido globalizando paulatinamente, mientras estas naciones se hacían cada vez más pequeñas en términos de influencia política o cultural. Sus miembros ahora deben enfrentarse a la nación como instrumento de dominación sobre la iniciativa privada, pero también como refugio de las propias limitaciones individuales y colectivas. Se trata de un largo camino hacia un modelo de sociedad civil que cohesione a todos sus individuos en torno a una idea común de ciudadanía. Es a eso a lo que se refiere Amina Medunjanin cuando dice que la identidad bosnia es un objetivo todavía por alcanzar.

El *genius* de la máquina

«Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no uno, sino muchos. Y estas personalidades sucesivas, que emergen las unas de las otras, suelen ofrecer entre sí los más raros y asombrosos contrastes».

José Enrique Godó

La importancia de la interacción entre individuos, para la reconfiguración o la redefinición identitaria, tiene una explicación psicológica que trasciende del ámbito de lo individual a lo colectivo. En la obra *The Ghost in the Machine* (1967) su autor Arthur Koestler introduce el término *holón* (*holos* en griego). *Holón* es aquello que, siendo una totalidad en sí mismo, es parte simultáneamente de un “todo”; es un sistema que forma parte de una entidad mayor, como una célula que forma parte de un tejido, pero que mantiene su autonomía al tener su propio núcleo. Puede ser considerado un “todo” y una parte al mismo tiempo, como los átomos forman parte de las moléculas y como las moléculas forman parte de las células. Como resultado, el “todo” es más que la suma de sus partes, ya que el “todo” dota de un contenido diferente a cada una de sus partes. Un ejemplo sería una letra como parte de una palabra, y una palabra como parte de una frase. No es lo mismo decir “Me duele la cabeza” que “Necesitamos estar a la cabeza”. La palabra “cabeza” cambia su significado dependiendo de la frase en su conjunto, y, además, cada una de las letras que forman ese “todo” (c-a-b-e-z-a) pierde su significado sin la palabra. El “todo” envuelve a las partes, otorgándole un significado que no tendrían sin ese “todo”.

La teoría del *holón* de Koestler ayuda a estructurar la idea de que un sistema simple puede formar parte de sistemas más complejos sin que deba por ello perder su propia naturaleza y dimensión individual. La teoría planteada por Koestler no es exclusiva de las ciencias naturales o de la lingüística, sino que es extrapolable al mundo de las ideas. Las reflexiones de una persona nunca están disociadas de su realidad individual, pero tampoco de su realidad social, porque los individuos pertenecen a grupos sociales más amplios que, a su vez, conforman su identidad.

La identidad es un sistema complejo, definido por experiencias personales y colectivas que la dotan de significado. Pongamos como ejemplo un individuo que se llama Bojan, que pertenece a la familia Nikolić, que vive en Belgrado, que está en los Balcanes occidentales y que, por tanto, pertenece a un continente que es Europa. *Bojan, Nikolić, Belgrado, Serbia, Balcanes y Europa* son *holones*, y, en este caso, la identificación se produce según criterios de pertenencia nacional. Sin embargo, Bojan también es un chico, tiene 22 años, le gusta el fútbol, vive en la calle Njegoševa, en el barrio belgradense de Vračar, estudia Derecho y es hincha del Estrella Roja de Belgrado. Cada uno de estos *holones* también forman parte de un “todo”, que es la identidad de Bojan. A Bojan le gusta el fútbol, vive en Belgrado, y estudia Derecho. Cada uno de estos *holones* le permiten ser parte de sistemas más complejos, identificarse con grupos de personas de la misma edad, a las que le gusta el fútbol y estudian Derecho. Bojan al mismo tiempo no conoce a todos los serbios, pero sin embargo se siente serbio, tampoco conoce a todos los belgradenses, pero sin embargo se siente belgradense, ni tampoco a todos a los que son hinchas del Estrella Roja, pero sin embargo se siente un hincha más. No existe contradicción ninguna en que todos esos *holones* constituyan la personalidad de Bojan, sin que por ello quede anulada su autonomía ni su libertad.

El hecho de que a Bojan le guste el fútbol es el resultado de diferentes espacios de interacción social (un terreno donde jugar, el contacto con compañeros, los rivales contra los que jugar, una competición regular, una afición que le apoya, los familiares que le acompañan al partido, un entrenador exigente, unos ídolos futbolísticos, la presencia del fútbol en los medios de comunicación, una trayectoria colectiva dentro de un equipo...), hasta el punto de que su afición al fútbol se ha integrado en su subjetividad formando parte de su identidad. Imaginemos por un momento que Bojan representara a un equipo nacional y se enfrentara a otro equipo nacional; entonces el deporte se convertiría en una interacción mediada por la confrontación internacional, y en Bojan convivirán la identidad de futbolista, pero también la identidad de serbio. Sin embargo, si Bojan perteneciera a un club de fútbol donde conviven diferentes nacionalidades, su condición de futbolista sería la identidad que todos tendrían en común, y él, como el resto de jugadores, defendería los intereses de ese club. El elemento de confrontación nacional no estaría presente, al existir un objetivo común que flota por encima de la identidad nacional.

Trascender las fronteras individuales supone un ejercicio de realización colectiva, y esto solo es posible en un marco de interacción social adecuado. La interacción social no implica necesariamente la creación de un grupo social uniforme, porque cada sujeto puede celosamente mantener intactas sus otras identidades, pero sí es imprescindible crear una interacción social adecuada para articular una nueva identidad, porque es la única forma de revelar intereses compartidos, estimular relaciones de confianza, derribar prejuicios y ofrecer, en definitiva, una aproximación directa *al otro* para que *ese otro* deje de serlo. No todo depende, por tanto, de Bojan y de su identidad, sino también del contexto social en donde se desempeñe. El club al que pertenece debe lograr la cohesión social de los jugadores; y esto solo es posible lograrlo si el club persigue intereses afines que no tengan relación ninguna con la identidad nacional de sus jugadores. Un club de fútbol impulsado por razones estrictamente futbolísticas.

El espacio de interacción es determinante, y si este espacio y sus condiciones consiguen ser un complemento inofensivo para la identidad nacional, en provecho de una motivación que coincida con la de sus interlocutores, entonces se tendrá mucho ganado; no solo se evitará el conflicto derivado de la diferencia nacional, sino que surgirá una nueva identidad común a todos los que forman parte de ese grupo social. El planteamiento es extensible a otras actividades, como los negocios o el compromiso con el medio ambiente, que pueden ser espacios de interacción social donde las personas cooperan para conseguir fines y propósitos, sin que la nacionalidad sea un elemento de división, pero sin que tampoco deban renunciar a ella; simplemente, en este caso, la identidad nacional no forma parte de la interacción social, porque ganar dinero, jugar al fútbol, o salvar el medioambiente, son las motivaciones principales de todos los participantes.

Sin embargo, lograr el compromiso del jugador con el club no es un proceso inmediato, sino que debe de sedimentar en el tiempo, de tal manera que el sujeto

obtenga una respuesta afectiva, afiance su confianza en ese entorno, se pueda sentir reconocido como parte del colectivo y, al mismo tiempo, pueda también identificarse con los valores de la entidad a la que pertenece. En *The Ghost in the Machine*, Koestler comenta que: «*Las tendencias integradoras del individuo operan a través de los mecanismos de empatía, simpatía, proyección, introyección, identificación, adoración — todos los cuales pueden hacer sentir a alguien parte de una entidad más grande que trasciende las fronteras de uno mismo [...] La cuestión importante es la naturaleza de esa gran entidad de la que el individuo se siente parte*». Si bien el fermento empático no es imprescindible en un inicio, este surge de la propia interacción social del individuo dentro del grupo, y resulta imprescindible para que se concrete en la adhesión a ese marco de interacción. Por ejemplo, un marco de interacción basado en criterios estrictamente étnicos implicará restringir o condicionar la libre acción de los individuos, así como impedirá el acceso de otras personas a dicha interacción. Se circunscribirán las oportunidades derivadas de la interacción a aquellas personas que hablen el mismo idioma materno, compartan una misma historia nacional, o sigan unas mismas tradiciones. No obstante, crear un marco de interacción que conduzca a las personas a relacionarse sin que medien el idioma materno, una historia en común, o unas tradiciones, permitirá nuevas sinergias colectivas, sin que la identidad (nacional) deba estar o sentirse obligatoriamente amenazada.

El *genius* étnico

«The rationality of the ruled is always the weapon of the rulers».

Zygmunt Bauman

Históricamente siempre ha parecido que las naciones de los Balcanes se podían sustituir unas por otras, sin que importaran sus singularidades o todo aquello que tenían en común. Como un magma compacto sobre el que se ha proyectado la imaginación de historiadores, políticos y viajeros, debido principalmente a la presencia en la región del Imperio otomano : más integrado en el subconsciente de la periferia y en la antítesis islámica de la Europa cristiana y romana. Nunca Europa tuvo un significado tan globalizador como cuando las tropas otomanas de Suleimán “el Magnífico”, el 27 de septiembre de 1529, llegaron inquebrantables a las puertas de Viena.

No fue únicamente su condición de puente entre el Oeste y el Este lo que alejó a los Balcanes de Europa, sino su desorden de naciones sin Estado en los enredosos territorios donde musulmanes, católicos, ortodoxos y judíos cruzaron las miradas durante siglos. Sin embargo, cada una de estas naciones se negó a ser sustituida por otras. Las naciones locales se esforzaron por mantener los lazos religiosos, culturales o familiares, aunque los imperios «*dejaran un alto grado de autonomía a las unidades*

políticas más pequeñas, e incluso a las comunidades rurales» (Lazić, 2003:199). Serbios, croatas, bosnio-musulmanes, húngaros o albaneses han sido fieles guardianes de su identidad. Sobre todo, fue importante que estos pueblos nunca estuvieron sometidos al Estado-nación, y a fronteras consolidadas que integraran a las poblaciones locales en condiciones de igualdad y, al mismo tiempo, crearan un espacio abierto de interacción social, donde la identidad nacional dejara de ser el objeto de división política y social más destacado.

Los marcos de interacción social en el sudeste europeo han estado marcados por la identidad nacional, pero también por la visión que se impone desde afuera. El concepto de *Balcanes* ha sido proyectado especialmente desde Europa, asociado a la conflictividad, el exotismo, o el subdesarrollo. Es por eso que surgió una fuerte distinción entre los que negaban su condición de balcánicos (nacionalismo secesionista esloveno y croata), y los que cargaban con ella sobre sí mismos, como si ser *balcánico* fuera una penitencia (nacionalismo serbio y musulmán). En efecto, tal como sostiene Goran Tepšić, *«la identidad colectiva no es solo lo que hay dentro de la identidad, sino también lo que hay fuera de ella. La exterioridad (otros) da forma a esas identidades. Por eso son excluyentes»* (Tepšić, 2012:75). El nacionalismo croata y esloveno han sido históricamente *nacionalismos secesionistas*, volcados en destacar su emancipación respecto a las grandes potencias imperiales, las dos *Yugoslavias* (monárquica y socialista) y, también, respecto a los Balcanes. Lo que implica estar cerca de Europa mientras se respeta su autonomía, como también implica estar cerca de Europa si esto significa estar lejos de los Balcanes. De ahí la célebre frase del ex primer ministro esloveno, Janez Drnovšek, que dijo en relación a la independencia de Eslovenia: *«Esto es una opción entre Europa y los Balcanes»* (Žižek, 2011:95). El nacionalismo serbio, por el contrario, ha sido un *nacionalismo invasivo*, reclamando su posición primigenia entre las identidades nacionales del sudeste europeo, lo cual se ha vuelto y se ha utilizado como una amenaza para eslovenos, croatas o albaneses. Sin embargo, tanto el nacionalismo esloveno y el croata, como el nacionalismo serbio, parten de la misma premisa: la identificación étnica.

Hasta tal punto la palabra Balcanes ha tenido un significado negativo que ha sido sustituida en el argot institucional por el de “sudeste europeo”, políticamente más neutral, incluso integradora (acercando así Rumanía y Bulgaria a la cooperación política y económica a nivel regional); asumiendo que el concepto Balcanes es un paradigma folklórico, desdeñoso y sinónimo de conflictos permanentes. Sin embargo, es indiscutible que los Balcanes vinculan a grupos nacionales que pueden estar divididos por su identidad nacional o religiosa, pero que no lo están siempre por la geografía, la lengua, la música, las costumbres, la gastronomía, la economía o la historia. El resultado, en cualquier caso, es renunciar a un vínculo de unión superior, aceptando que Europa y los Balcanes sean ideas contradictorias cuando, en realidad, la primera engloba a la segunda. Si Europa es la suma de sus partes, nada hace que Europa y los Balcanes sean incompatibles.

No solo desde el corazón de Europa, sino dentro de los propios Balcanes se

asume una presunta condición balcánica. El geógrafo serbio Jovan Cvijić creó la noción de *homo balcanicus*. En *La península balcánica* (1922) decía que: «*Semejantes a la araña, los hombres tejen a su alrededor una telaraña de prejuicios históricos, de vanaglorias nacionales, de formas de vida alteradas, y esta telaraña puede aislarles espiritualmente del resto del mundo y hacer que se vuelvan arcaicos...*». Esa mentalidad es observada en momentos muy puntuales, como son cuando la zona entra en combustión y la identidad nacional se convierte en un instrumento de movilización política (Primera y Segunda Guerra balcánica, Primera y Segunda Guerra Mundial o las Guerras de Secesión de Yugoslavia).

La fragmentación de Yugoslavia es un buen escaparate de las reacciones étnicas a la crisis política y económica en la región. La restricción a la autonomía de Kosovo en 1989, emprendida por Slobodan Milošević, llevó aparejada una campaña de *serbianización* de la provincia autónoma a nivel institucional; pero también a nivel cultural, lo que se reflejó, entre otros aspectos, en el cambio del nombre de muchas calles de ciudades como Pristina o Peć, sustituidas por nombres de referencia de la historiografía serbia; o en la misma construcción de un templo ortodoxo de grandes proporciones (“Cristo El Salvador”) junto a la Universidad de Pristina, que por aquel entonces reunía a una mayoría albanesa y musulmana. Sin embargo, estas iniciativas de imposición identitaria se incrementaron en lugar de reducirse con la fragmentación de Yugoslavia. Igor Štiks en su interesante contribución *A Laboratory of Citizenship: Shifting Conceptions of Citizenship in Yugoslavia and its Successor States* (2010) desarrolla cómo los yugoslavos disfrutaban de igualdad ante la ley, mediante una doble ciudadanía, republicana y federal, para luego, debido a la fragmentación yugoslava, pasar a formar parte de grupos nacionales con relaciones asimétricas de orden interétnico dentro de los nuevos Estados. Štiks expone cómo cada uno de los nuevos Estados surgidos de la división de Yugoslavia utilizó la ciudadanía como instrumento de ingeniería étnica, favoreciendo con ello al grupo nacional mayoritario. En Croacia, desde 1991, cuando fue declarada la independencia⁴, fueron naturalizados como croatas más de un millón de personas, de los cuales 800.000 eran croatas de Bosnia y Herzegovina, entre los cuales había miles que obtuvieron la doble nacionalidad con el objetivo de tener acceso al régimen de visados croata —menos restrictivo para poder viajar por Europa—, pero también personas de la diáspora

⁴ Las declaraciones de independencia de Croacia (12% población serbia) y Bosnia Herzegovina (31% población serbia) generaron una doble respuesta en los serbios allí residentes. Una respuesta pasiva, que señala como clave «*la protección de los derechos de las minorías frente al ataque de la mayoría*». Al ser minoría en Croacia y Bosnia-Herzegovina el sentimiento de inseguridad y desconfianza se extendió entre la población serbia de la zona. Y una respuesta activa, que supone que la minoría serbia sintió en este contexto que «*invariablemente será excluida bajo las condiciones de la regla de la mayoría*» por lo que siendo mayoría en determinadas jurisdicciones croatas y bosnias y, lo que es más importante, en Yugoslavia a nivel general, apostó por la independencia de Croacia (SAO Krajina) y de Bosnia-Herzegovina (Republika Srpska). En Spencer, Metta. (1991). “Politics Beyond Turf: Grassroots Democracy in the Helsinki Process”, en *Bulletin of Peace Proposals*, 22, nº 4, pág. 427-435. En Lipset, Seymour. M., 1996. “Repensando los requisitos sociales de la democracia”, en <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/lipset.pdf>, pág 17. Consultato el 5 de junio de 2013.

croata que fueron invitadas a volver al país. Por el contrario, más de 200.000 serbios de las regiones de Eslavonia oriental o la Krajina fueron expulsados tras la Operación Tormenta, cuatro años después de la declaración de independencia croata. El caso de Eslovenia también resulta bastante representativo, pese a ser el primer país de la esfera yugoslava que entró en la UE. La Ley de Ciudadanía, adoptada en junio de 1991, establecía que solo los individuos de otras repúblicas, que tuvieran residencia legal en Eslovenia antes de diciembre del año 1990, podían obtener residencia permanente mediante una solicitud que vencía en un plazo de 6 meses desde la declaración de independencia. Pasado el plazo, fueron borrados de los registros oficiales 18.305 no eslovenos, es decir, todos sus documentos oficiales fueron invalidados (carnet de conducir, identificación, cotizaciones...), perdiendo todas las prestaciones sociales a las que tenían derecho. Esta decisión dejó si cabe a esta población todavía más indefensa, teniendo en cuenta que el país no fue reconocido internacionalmente como independiente hasta enero del año 1992, y las circunstancias en las que estaba sumida Yugoslavia no hacían fácil conocer la entrada en vigor de la ley, ni conseguir todos los documentos requeridos. En abril de 2003, la Corte Constitucional de Eslovenia ordenó que les fuera restituida la residencia permanente a todos los denominados *izbrisani* (borrados) que así lo solicitaran. Antes de la independencia de Eslovenia, vivían en el país más de 300.000 no eslovenos — Eslovenia tenía cerca de 2 millones de habitantes—, de los cuales 170.000 regularizaron su situación de acuerdo a la ley, mientras la situación por la que pasó la otra mayoría es desconocida y todavía hay muchas reclamaciones por resolverse. Del mismo modo, en Macedonia, la Ley de Ciudadanía de 1992 establecía que un residente permanente tenía que vivir continuamente en el país no menos de 15 años. Esta ley estaba destinada a reducir la presencia albanesa, ya que muchos albaneses habían ido llegando al país durante los últimos años de la Yugoslavia socialista.

Este proceso de politización del *ethnos* y de etnificación del *demos* (Pavlović, 2006:104) no surge estrictamente de las Guerras de Secesión de Yugoslavia, sino de la propia crisis del Estado yugoslavo. Así, por ejemplo, como en otros países postcomunistas, las primeras elecciones en Yugoslavia, celebradas antes del inicio de las Guerras de Secesión, habían demostrado «la cartelización etno-nacional de la opinión y de la competición electoral» (Štiks, 2010:10). En todas las repúblicas ganaron partidos políticos con claras consignas nacionalistas, o que abiertamente querían romper con Yugoslavia para lograr la independencia de sus Estados. La desaparición del modelo yugoslavo invitó a la ciudadanía a buscar un mecanismo compensatorio. La nación étnica tenía un enorme atractivo: ofrecía un porvenir en época de crisis e incertidumbre, una perspectiva igualitaria de la sociedad, reproducía la cultura del liderazgo de la Yugoslavia socialista, y estaba conformada por elementos culturales y sociales que resultaban a todos próximos. Sin embargo, al mismo tiempo, se alimentó que la nación tuviera que ser una identidad cerrada, anulando el pluralismo político y cultural adscrito a la naturaleza independiente del ser humano. En un proceso ascendente, las tradiciones se convirtieron en ideología. Se

redujeron los estímulos, y se castigaron socialmente aquellas aptitudes que no encajaban en la nueva etno-democracia nacional. El mundo se hizo más pequeño.

Aunque la fricción entre etnia y ciudadanía era ya una realidad con la que se convivía en tiempos del socialismo yugoslavo, con la desintegración del país ganaron aplomo categorías excluyentes, tales como *pravi Srbin* (verdadero serbio), *pravi Hrvat* (verdadero croata) o *pravi Bošnjak* (verdadero bosníaco), que pueden verse reducidas a serbios-ortodoxos, croatas-católicos o bosníacos-musulmanes, y que no están determinadas por el país de origen, sino por la nacionalidad étnica y la religión.

A continuación la lengua serbocroata perdió su capacidad nominal de cohesionar como lengua vehicular a los eslavos del sur. De forma estandarizada, y constitucionalmente reconocidas como lenguas de cada Estado, el croata, el serbio, el montenegrino y el bosnio, apuntalaron su dimensión étnica; incluso en Serbia el alfabeto cirílico fue constitucionalizado (art. 10) como único alfabeto oficial, cuando el alfabeto latino es de uso común y también es enseñado en las escuelas serbias. Cada una de estas iniciativas estaban dirigidas a legitimar la lengua asociada a la identidad étnica del grupo mayoritario y, por tanto, disociada de los vecinos de distinta nacionalidad étnica. De hecho, en la actualidad, en Bosnia y Herzegovina, en las cajetillas de tabaco, se consigna la misma reseña contra el tabaquismo en serbio (en cirílico), en croata y en bosnio, siendo cada una de ellas lenguas oficiales reconocidas por la Constitución bosnia, aunque las tres son perfectamente entendibles para todos los fumadores de Bosnia y Herzegovina.⁵

Las consecuencias de estas políticas identitarias no se manifiestan solo a nivel regional. En los actos oficiales de las instituciones europeas en Bruselas, mientras el alemán, el francés o el holandés no reciben una denominación oficial diferente según el país del que proviene el ponente o el texto —en los casos del francés de Bélgica, el holandés de Bélgica o alemán de Austria—, se anticipa en adelante un problema serio con el bosnio, serbio, montenegrino o el croata, en relación con la integración de los países del sudeste europeo en la UE, y el reconocimiento de sus lenguas como lenguas independientes, no solo a nivel político, sino también a nivel económico o logístico, en aquellos casos en los que se deba traducir los documentos o a los asistentes provenientes de Bosnia y Herzegovina, Montenegro, Serbia o Croacia.

La desaparición de Yugoslavia, la creación de nuevos Estados y el conflicto subsiguiente supusieron una involución identitaria. Fue asumido que la segregación étnica era inevitable, ya que servía como medio óptimo para llevar la paz a la vida política (Bosnia y Herzegovina o el Norte de Kosovo son ejemplos paradigmáticos), y para gestionar el poder político, pero también para institucionalizar la fractura social entre grupos de diferente etnia. En este sentido, el riesgo de este modelo llega cuando algunos ciudadanos son tratados como la *otra comunidad*, o hay una parte que impone

⁵ El serbio se puede escribir en alfabeto latino o cirílico. El bosnio y el croata, pese a que no guardan apenas diferencias lingüísticas con el serbio, se escribe solo en latino. Por este motivo el alfabeto cirílico está asociado al serbio. Sin embargo, leer en cirílico no entraña apenas esfuerzo si se conoce el croata y el bosnio.

sus políticas sobre otra bajo criterios etno-nacionales, y no bajo criterios de interés general, con lo que hay una parte de la población que no se siente efectivamente representada, dice no sentirse representada o se siente, directamente, discriminada. El riesgo de manipulación e instrumentalización de la nación se vuelve muy elevado.

La creación de diseños institucionales que fuercen a la representación de las minorías étnicas tiene consecuencias perversas en el modelo democrático. La existencia de umbrales no aplicables a las minorías étnicas en los parlamentos (Bosnia y Herzegovina 3%, Croacia 5% o Serbia 5%) contribuye a una preponderancia de la identidad étnica en el electorado favorecido, pero también en el grupo nacional al que se le aplica ese umbral, alimentando relaciones asimétricas entre grupos nacionales, y no relaciones de igualdad entre ciudadanos políticamente activos. Separar la ciudadanía y la identidad nacional puede dejar la ciudadanía en manos de los intereses de naturaleza étnica, y es entonces cuando la ciudadanía deja de ser un marco de interacción basado en la igualdad de derechos y obligaciones, y se convierte en un mecanismo de negociación política de las elites nacionalistas. La autodeterminación étnica, por un lado, legitima y reproduce las reclamaciones etno-nacionalistas a través de los canales de comunicación política habituales y, por otro lado, crea una coexistencia política basada en la diferencia nacional, y no siempre en la armonía civil.

El *genius* europeo

*«Bez sloge nema slobode».*⁶

En Bruselas

El fracaso de la II Internacional, coincidiendo con la I Guerra Mundial, es uno de los ejemplos más claros sobre las dificultades que entraña construir una nueva identidad colectiva. En el clima bélico de la segunda década del siglo XX, en los congresos de Copenhague (1910) y Basilea (1912), la II Internacional, de acuerdo con sus aspiraciones revolucionarias a nivel mundial, declaró su oposición al conflicto entre Estados nación. Sin embargo, cuando comenzó la I Guerra Mundial, la organización internacionalista exhibió sus limitaciones, y trabajadores y partidos políticos se sumaron a las filas nacionales para combatir. No fue el único caso destacable. Igualmente, al terminar la II Guerra Mundial, surgieron muchas propuestas para crear un nuevo orden continental. Una de estas propuestas era unir todo el Oeste de Europa en un solo Estado como si fuera una gran confederación. Sin embargo, esta idea fracasó y no tuvo ningún eco social, porque la población estaba más preocupada por afrontar el impacto de la guerra en sus vidas, que de proyectar un futuro supranacional a nivel europeo. Winston Churchill fue uno de los que propusieron la llamada Unión

⁶ «Sin unión no hay libertad».

de Estados de Europa.⁷ En 1946 decía en la Universidad de Zúrich lo siguiente: «(...) *Tenemos que construir una especie de Estados Unidos de Europa, y solo de esta manera cientos de millones de trabajadores serán capaces de recuperar las sencillas alegrías y esperanzas que hacen que la vida merezca la pena. El proceso es sencillo. Todo lo que se necesita es el propósito de cientos de millones de hombres y mujeres, de hacer el bien en lugar de hacer el mal y obtener como recompensa bendiciones en lugar de maldiciones (...)*». ⁸ No obstante, todo hace parecer que este proceso de articulación internacional resultaba más complicado, como el propio Churchill seguro imaginaba, aunque no se dedujera de sus palabras.

La II Internacional o la Unión de Estados de Europa no terminaron de cristalizar como entidades, sin embargo la UE en la actualidad representa un periodo de paz de más de 60 años. La literatura académica durante las dos últimas décadas ha procurado ofrecer un marco teórico suficientemente solvente sobre la identidad colectiva y su importancia en el marco del proceso de integración europeo, ya que la ausencia de una identidad colectiva es habitualmente considerada como el obstáculo más serio para el desarrollo de la legitimidad a nivel europeo.⁹ Una identidad colectiva es una precondition para la legitimidad y continuidad de un régimen. El desafío es enorme: lograr que los ciudadanos europeos se identifiquen como europeos. ¿Bajo qué planteamientos fue fundada la UE? ¿Cuál es la razón que hace que la UE superara las rivalidades nacionales cuando la II Internacional o la Unión de Estados de Europa no lo habían logrado? Existen muchas razones, pero una es la que más interesa a los efectos de esta carta introductoria.

El origen de la actual UE se encuentra en la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), acuerdo firmado en París en 1951, del que formarían parte Francia, Alemania occidental, Italia y el Benelux. El planteamiento fundacional de la UE no fue resultado de la autogeneración de una identidad europea surgida de la confraternidad, o de la imposición de un modelo de construcción política forzado desde un determinado país, sino de la capacidad política de Robert Schuman y Jean Monnet de convencer a los Estados miembros de que expandieran sus campos de cooperación sobre la base de intereses comunes en materias definidas (suprimir aranceles, subvenciones nacionales o medidas discriminatorias, obtener precios más baratos y un abastecimiento sin interrupción), pero al mismo tiempo en el marco de instituciones comunitarias dispuestas para ello. La fundación de la UE actual no nació simplemente de la unión de varios países, sino que se buscaba «*la política más allá de los Estados nación*». ¹⁰

⁷ Guy Verhofstadt, primer ministro belga durante muchos años, igualmente propuso en una publicación de 2005 crear una federación de Estados europeos a imagen y semejanza de los EE.UU.

⁸ Discurso de Winston Churchill en la Universidad de Zúrich el 19 de septiembre de 1946.

⁹ Vid: Beetham, D. and Lord, C. (1998). "Identity: Who are the People?", en Weale, A. and Nentwich, M. (eds.). (1998). *Political Theory and the European Union: Legitimacy, Constitutional Choice and Citizenship*. London: Routledge.

¹⁰ Concepto desarrollado en: Haas, E.. (1958). *The Uniting of Europe*. Palo Alto: Stanford University Press; Haas. (1964). *Beyond the Nation State: Functionalism and International Organization*. Stanford

La CECA buscaba superar el conflicto armado que había supuesto la II Guerra Mundial bajo los preceptos de la acción, y no de la reconciliación, aunque lo primero pudiera llevar a lo segundo, como más tarde se demostró. Según Pascal Fontaine, la declaración de la CECA hizo partir la reconciliación de un doble proyecto basado en la solidaridad económica y en las instituciones internacionales, más que en las emociones y en la amistad.¹¹ No obstante, como otros estudios más recientes acerca de la trayectoria de la CECA han venido a demostrar, la *«existencia de mecanismos multilaterales no puede ser tomada como una evidencia de políticas multilaterales»* (Alter, 2007:14). La UE no puede ocultar que los Estados, pese a todas las competencias transferidas al seno europeo, siguen siendo los actores principales en las relaciones europeas, y su proceso de integración está todavía lejos de ser una realidad absoluta. Por tanto, la pregunta no es solo hasta dónde tiene que llegar Europa, sino también hasta donde ha llegado ya.

Y una de las respuestas está en las dinámicas identitarias surgidas de la interacción institucional, que está relacionada con la teoría de Koestler de los *holones*. Hoy la Comisión Europea tiene a más de 30.000 empleados. Bruselas y sus instituciones europeas se han convertido en un gran mercado de intereses individuales, pero también de convivencia social, donde cohabitan cientos de nacionalidades, sobre todo provenientes de países europeos y, particularmente, desde hace pocos años, del Este de Europa —con la ampliación de los años 2004 y 2007—. Todos ellos interactúan en la Comisión Europea, en el Parlamento Europeo, el Comité de las Regiones, en las oficinas de diferentes lobbies, salones de reuniones, o cafeterías de los alrededores de la rotonda de Schuman, la rue de la Loi o en la plaza de Luxemburgo. Además de que algunos trabajen para sus propios países, hay una inmensa mayoría de trabajadores que lo hacen para la UE, organizaciones internacionales, multinacionales o para sí mismos.

No obstante, los espacios en Europa donde se produce este tipo de interacciones son muy escasos y en condiciones muy determinadas. Son en realidad espacios de cooperación muy exclusivos y de reciente formación, si tenemos en cuenta su corta genealogía histórica en términos absolutos; tal como defiende Fligstein: *«la integración económica ha producido patrones de interacción principalmente entre los jóvenes, educados, profesionales de los negocios y gestores, y trabajadores de cuello blanco. Irónicamente aquellos que tienen una mayor identificación europea claramente representan un grupo social que excluye a otros»* (Fligstein, 2008:156). Las investigaciones de Fligstein prueban la creciente aparición de un estrato social europeo surgido de la libertad de movimientos dentro de la UE y de la interacción social cara a cara que se escenifica en los lugares de intercambio político, económico, y cultural, porque en definitiva *«el proceso de creación de una sociedad europea supone que personas de diferentes países se encuentran*

CA: Stanford University Press.

¹¹ Vid: Fontaine, Pascal. (2000). *A New idea for Europe: The Schuman Declaration-1950-2000* (Luxembourg: Office for Official Publications of the European Communities).

directamente».¹² Iniciativas como las becas de movilidad europea —por ejemplo Erasmus o Leonardo da Vinci—, han dejado un goteo constante de individuos que se han quedado a vivir en los países de acogida; algunos de ellos incluso han llegado a formar una familia, y han sumado a su identidad otras muchas, y, además, con una dimensión europea. De hecho, los datos estadísticos del Eurobarómetro en el año 2012 sitúan en el 46% los jóvenes de entre 15 y 24 años que se sienten europeos, además de sentirse nacionales de su propio país de origen.

En los Balcanes

Al contrario que en Bruselas, la reducción de los espacios de interacción social en el sudeste europeo limitó las posibilidades del individuo de encontrar intereses comunes y, en definitiva, de articular una identidad más compleja con la que lograr identificarse con un mayor número de personas y, por tanto, lograr establecer así nuevos mecanismos de encuentro que se traduzcan en relaciones de confianza, trasvase de información o desarrollo de proyectos colectivos. Serbios, albaneses, macedonios o montenegrinos llegaron tarde al momento álgido de europeísmo, que se produjo a comienzos de la década de los 90. Hay una parte reducida de esa sociedad que efectivamente ha participado de la interacción a nivel de las sinergias internacionales: negocios, organismos internacionales o universidades; pero no representan una mayoría en ningún caso. En los casos de la diáspora podemos apreciar un gran número de personas que cambiaron su residencia a ciudades como Toronto, Chicago, Sídney, Estocolmo o Viena durante los años 90, y algunos de ellos ya volvieron a sus lugares de origen. Sin embargo, los datos estadísticos¹³ ponen de manifiesto que la mayoría de los habitantes del sudeste europeo nunca habían salido de su país en el año 2003.

Tabla 1: Tanto por ciento de la población que nunca ha viajado

	Capital regional	Capital del país	País vecino	Otro país
Rumanía	41	58	88	92
Bulgaria	12	18	78	84
Serbia	12	22	6	81
Montenegro	4	8	71	94
Macedonia	7	36	41	63

¹² *Ibidem*.

¹³ Estadísticas obtenidas del proyecto *Integrating the Balkans in the European Union*. Mungiu-Pippidi, Alina. (2003). "Seeking the virtuous circle: Migration and development in the Balkans", en Grečić, Vladimir. (2006) *Visa policy and the Western Balkans. Institute of International Politics and Economics*. Beograd: European Movement in Serbia. Group 484.

La UE representó un incentivo político, económico y social para la región. Durante los años más turbulentos, la perspectiva europea representaba un remedio a la incertidumbre de la crisis post yugoslava. Ahora la crisis económica abierta en países como España, Italia, Grecia, Portugal o Irlanda, o las dudas sobre Rumanía y Bulgaria sobre su adecuación a la UE, han rebajado la trascendencia de la meta europea como una solución a todos los problemas locales; principalmente, porque estos escenarios desmitifican como una garantía de porvenir el sentido de “entrar en Europa”, si no va acompañado de un Estado viable, en unas condiciones estructurales óptimas para integrarse en la UE. Y, en segundo lugar, porque la perspectiva europea, aunque avanza año tras año en la región, se desarrolla muy lentamente y además se desarrolla en un clima profundamente escéptico y apático. De hecho, como se aprecia en la siguiente tabla de datos, en todos los países surgidos de la fragmentación yugoslava el apoyo a la entrada en la UE ha sufrido una tendencia descendente desde el año 2006 al 2012. No es lo mismo querer entrar en la UE, que sentirse un ciudadano europeo. Como dice Dimitar Bechev: *«estas estadísticas muestran más Eurorealismo que Eurofilia»* (Bechev, 2012:3).

Tabla 2: Tanto por ciento de apoyo a la integración europea (2006-2012)

	2006	2008	2009	2010	2011	2012
Albania	84	83	88	81	81	
ByH	66	49	67	69	88	76
Croacia	35	29	26	25		66
Kosovo	87	89	89	88		
Macedonia	76	66	62	60		
Montenegro	64	57	67	73	70	66
Serbia	61	58	50	44	50	51

Si bien es cierto que la entrada de Croacia extiende una línea divisoria entre los que son *europeos* y los que no lo son, también puede representar un impulso para el acervo europeo en la región. Aunque Eslovenia ya había entrado en la UE en el año 2004, Croacia es un país mucho más cercano cultural, histórica, lingüística y psicológicamente a la cosmovisión balcánica que el primero. Las relaciones de vecindad generan mucha mayor identificación. No estar dentro de la UE, para serbios, bosnios o macedonios, no tiene por qué afectar necesariamente a la identificación con Europa, precisamente porque el vínculo balcánico es elevado y puede implicar un mayor acercamiento a Europa a través de la experiencia croata. De hecho, la costa croata sigue siendo el lugar donde muchos serbios o bosníacos disfrutaban de sus vacaciones, la televisión croata goza de cierta popularidad en la región, y Croacia es un país con el que las relaciones de intercambio económico-social a nivel local son fluidas. Por ejemplo, de manera simbólica, en Macedonia, Montenegro, Bosnia y

Herzegovina y Serbia a la pasta de dientes las generaciones mayores la llaman de la misma manera que a una marca croata: *Kaladont*; o los típicos quesitos que toman, sobre todo, los niños, se le llama como a otra marca croata: *Zdenka*. Estos países guardan todavía una fuerte identificación recíproca.

Este último argumento parte de una premisa aparentemente contradictoria: «*la identidad nacional posee ventajas distintivas sobre la idea de una identidad europea unificada. Está viva, accesible, bien establecida, muy popularizada, y sigue siendo creíble, al menos a grandes trazos*» (Smith, 1992:62). Desde esta perspectiva, la entrada de Croacia en la UE supondrá una exposición real de un país y de una cultura política heredera del entramado balcánico a las reglas del juego europeas. A esto contribuyen dos fenómenos que están ligados a la idea anterior: por un lado, los flujos migratorios de la UE al sudeste europeo, de una cada vez más extensa clase media empresarial, laboral y universitaria —un perfil diferente al de la década anterior, que estaba más basado en la cooperación y la acción política, humanitaria y diplomática—, y, por el otro lado, la gradual y paulatina liberalización de visados desde diciembre de 2009 de Serbia, Macedonia, Montenegro, Albania y Bosnia y Herzegovina para viajar a países en zona Schengen. Ambos fenómenos actúan como paliativos de una situación de aparente desequilibrio regional, en cuanto a la convivencia regional y en cuanto a su relación con Europa.

El *genius universal*

«*We were all close to going crazy*».

Amira Medunjanin

Benedict Anderson en *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (1983) plantea que las naciones son construcciones sociales imaginadas, resultado de la interacción y de la comunicación. Esta obra explica cómo la construcción nacional no se articula por una suerte de inercia histórica, sino que surge de una conexión colectiva y lingüística a la que se suman grupos aparentemente incompatibles y, además, en territorios muy extensos, en busca de satisfacer sus propios fines políticos y económicos. Es muy representativa la crítica a esta teoría de Anthony D. Smith, que, por el contrario, sostiene que esas comunidades imaginadas no surgen de la nada, sino que la etno-historia, los símbolos y los mitos son esenciales para la formación de la nación. Smith dice: «*La historia no es una confitería en la que sus hijos pueden “escoger y mezclar”, pero tampoco es una esencia inmutable o una sucesión de estratos superpuestos. Tampoco puede ser que la historia simplemente no se tenga en cuenta, algo que más de un nacionalista ha descubierto por sí mismo. El reto para los investigadores, así como para las naciones, es el de representar la relación entre el pasado étnico y la nación moderna con mayor precisión y de manera convincente*» (Smith, 1994:19). Ambos planteamientos tienen una relación muy

estrecha con el nacimiento de los nuevos Estados surgidos de la fragmentación yugoslava. Desde esta perspectiva, más que oponerse, ambos argumentos se complementan. Las naciones balcánicas volcaron sus esfuerzos en re-imaginarse sus propios Estados, pero a partir de unas tradiciones muy arraigadas en su meta-historia nacional. Un Estado, una lengua y una cultura, que chocan de frente con una idea de Europa fundada sobre una multitud de Estados, lenguas y culturas. Así lo expresó el ex primer ministro serbio Zoran Đinđić en Banja Luka en su última conferencia antes de ser asesinado: *«Eso es como tener un mapa donde están señaladas todas las calles, pero que es el mapa de unos yacimientos arqueológicos de una ciudad que existió hace mil años»*.¹⁴ Las herramientas del pasado no sirven para resolver las averías del presente; las tradiciones contribuyen a establecer un hilo de continuidad con un pasado mitificado de unidad nacional, para darle continuidad a la vida —como diría Anthony Giddens—, pero ese pasado se encuentra con la realidad de un mundo cuyas formas de relacionarse han variado sustancialmente las últimas décadas, provocando una fricción entre la seguridad de la identidad étnico-colectiva y la endeble ciudadanía que todavía estaba por constituirse en el sudeste europeo.

Las exigencias sociales surgidas a partir de este momento se han multiplicado, y la incertidumbre se ha tornado una variable determinante de la propia existencia. Frente a un modelo anterior, donde Yugoslavia proveía seguridad y estabilidad (educación, trabajo y sanidad), el mundo actual se ha tornado impredecible. La publicidad, la televisión, Internet o las nuevas telecomunicaciones, han generado una oferta, para la mayoría, inabarcable, millones de alternativas generando todo tipo de necesidades, obligaciones y opciones de vida diferentes que, en tropel, llevan a la población a la desorientación. Se ha fomentado el individualismo, generando respuestas colectivistas a la defensiva, y la cadena de vida no es regular, sino que se reconduce hacia la dispersión, la indecisión y la indiferencia. La respuesta del nacionalismo a la disolución yugoslava ha sido una reacción psicológica coherente con su historia y con la misma contingencia actual. La nación mantiene su relación de proximidad a partir de estructuras sociales conocidas que otorgan seguridad y pertenencia: la religión, la familia, el matrimonio, los valores, las tradiciones, el “nosotros” frente a la soledad del “yo”... Así se expresa Monserrat Guibernau al respecto: *«El gran éxito del nacionalismo proviene de su capacidad para atraer a una población social y políticamente diversa y movilizarla. El concepto de una identidad global parece estar muy lejos de adquirir esta capacidad y se presenta como una alternativa blanda a las encendidas pasiones nacionales»* (Guibernau, 1996:149). El mundo actual invita al nacionalismo, pero también invita a un nacionalismo abierto e inclusivo que sepa tomar el pulso a la realidad, sin renunciar a sus claves y fundamentos esenciales. Sin miedo a interactuar a nivel europeo.

Es relevante saber cuándo se integrarán países como Serbia, Montenegro, Macedonia o Bosnia y Herzegovina en la UE (se puede calcular que desde el

¹⁴ „Od nacionalizma do patriotizma”, <http://pescanik.net/2009/03/od-nacionalizma-do-patriotizma/> . Consultado el 15 de agosto de 2013.

comienzo de unas negociaciones para la integración, ocho años sería una cifra realista), pero también valorar cómo ha impactado sobre toda una generación los años que han estado cientos de miles de jóvenes alejados de los circuitos europeos e incluso alejados de sus propios vecinos. Es comprensible el incremento del nacionalismo y la religión en las generaciones más jóvenes en comparación con los tiempos de Yugoslavia (Gallup Balkan Monitor, 2010). Sin embargo, la experiencia de la UE debería contribuir a ir en otra dirección, porque favorecer Europa no significa ignorar la existencia de narrativas nacionales, sino situarlas en un contexto europeo de interacción social mucho más amplio donde las identidades no tengan por qué sentirse amenazadas. Bojan, nuestro ejemplo ficticio al comienzo del texto, puede hacer compatibles la condición de joven estudiante, aficionado al fútbol, belgradense, serbio y europeo, sin que ninguna de esas identidades (*holones*) estén en riesgo. Así se expresa Smith «*a un nivel conceptual, como sea, las contradicciones entre una identidad europea y las identidades nacionales existentes son más aparentes que reales. Más bien dependen de la versión de la doctrina nacionalista que se utilice. [...] Si, por el otro lado, aceptamos una concepción más voluntarista y pluralista y relacionamos la nación como una asociación de leyes comunes y cultura dentro de un territorio definido, entonces la contradicción se minimiza*» (Smith, 1992:56).

El hecho de que la desaparición de Yugoslavia sea coincidente con el proceso de integración europea ofrece para la región dinámicas de redefinición nacional y de reconexión identitaria que se revelan en muchos sentidos contradictorias: ¿Por qué promover una realidad nacional de 500 millones de personas (UE) cuando otra realidad de 22 millones, mucho menos ambiciosa (Yugoslavia), no fue posible? Una respuesta posible es porque la identificación con Europa no solo implica la proyección de la propia identidad, sino que también es su resultado: reafirmarse hacia el exterior es una *conditio sine qua non* para la propia visibilidad y, por tanto, para su reconocimiento. De la interacción surge la conciencia, la configuración y la consolidación de la propia identidad. Tal como teorizaron en su momento Hana Arendt o Paul Ricoeur, es necesario fundar historias compartidas para construir comunidades políticas, y es en una comunidad política europea donde las naciones pueden sentirse a salvo de sus enemigos reales e imaginarios. Las naciones balcánicas nunca vivieron la identidad nacional de forma tan consciente como durante la fundación de sus propios Estados nación. Igualmente, nunca la identidad nacional ha tenido tanta exposición como en la actualidad, siendo exhibida en las redes sociales, medios de comunicación, eventos internacionales y campañas de promoción a nivel mundial. No tener presencia en esos espacios implica renunciar a un capital político y económico muy grande.

Nadie ha sufrido de una manera más cruda esa realidad en Europa durante las dos últimas décadas que el sudeste europeo. Más hoy que nunca el futuro es incierto, y el presente desordenado. En ese contexto, los horizontes creativos de una cantante como Amina Medunjanin tienen un gran significado, por su vocación universalista e integradora, por trascender las fronteras de la estrechez étnica, y por tender puentes

que uniendo orillas separadas no impiden que estas mismas orillas sigan existiendo igual de firmes a un lado y otro del río. En definitiva, es bastante probable que esta haya sido la clave de su éxito, además de su enorme talento musical: la capacidad de Amina Medunjanin de trascender las fronteras de la propia identidad, sin que el contacto con otras identidades perturbe la armonía ni la autenticidad de sus melodías, que, al fin y al cabo, mantienen un indiscutible sabor local.

BIBLIOGRAFÍA

- Alter, Karen J. and Steinberg, David. (2007). “The Theory and Reality of the European Coal and Steel Community”, en Working paper nº 07-001, The Roberta Buffett Center for International and Comparative Studies Northwestern University.
- Bechev, Dimitar. (2012). “The Periphery of the Periphery: The Western Balkans and the Euro crisis”, en European Council on Foreign Relations (ECFR).
- Beetham, D. and Lord, C.. (1998). “Identity: Who are the People?”, en Weale, A. and Nentwich, M. (eds.), *Political Theory and the European Union: Legitimacy, Constitutional Choice and Citizenship*. London: Routledge.
- Fligstein, Nigel. (2008). *Euroclash. The EU, European Identity, and the Future of Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Fontaine, Pascal. (2000). “A New idea for Europe: The Schuman Declaration-1950-2000”. (Luxembourg: Office for Official Publications of the European Communities).
- Guibernau, Monserrat. (1996). *Los nacionalismos*. Barcelona: Ariel.
- Haas, E.. (1964). *Beyond the Nation State: Functionalism and International Organization*, Stanford CA: Stanford University Press.
- Haas, E.. (1958). *The Uniting of Europe*. Palo Alto: Stanford University Press.
- Lazić, Mladen. (2003). “Serbia: a part of both the east and the west?”. Belgrade: Sociologija, Vol. XLV, nº 3, incluido dentro del proyecto “The Socio-Economic Culture of Eastern Europe in the Enlarged Union: an Asset or a Liability?”.
- Mungiu-Pippidi, Alina. (2003). “Seeking the virtuous circle: Migration and development in the Balkans”, en Grečić, Vladimir. (2006). *Visa policy and the Western Balkans*. Institute of International Politics and Economics. European Movement in Serbia. Group 484.
- „Od nacionalizma do patriotizma” <http://pescanik.net/2009/03/od-nacionalizma-do-patriotizma/> . Consultado el 15 de agosto de 2013.
- Pavlović, Vukasin (Ed.). (2006). *Problems of identities in the Balkans*. Belgrade: Anglo-Serbian Society.
- Smith, Anthony. (1994). “Gastronomy or geology? The role of nationalism in the reconstruction of nations”, en *Nations and Nationalism*, no. 1: 3-23.

- Smith, Anthony. (1992). "National identity and idea of European unity", en *International Affairs* 68 I.
- Spencer, Metta. (1991). "Politics Beyond Turf: Grassroots Democracy in the Helsinki Process". *Bulletin of Peace Proposals*, 22, n° 4, pág. 427-435, en Lipset, Seymour. M.. (1996). "Repensando los requisitos sociales de la democracia", en <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/lipset.pdf>.
- Štiks, Igor. (2010). "A Laboratory of Citizenship: Shifting Conceptions of Citizenship in Yugoslavia and its Successor States", CITSEE Working Paper Series 2010/02 Edinburgh, Scotland, UK., en Skalnik Leff, Carol. (1999). "Democratization and Disintegration in Multinational States: The Breakup of the Communist Federations", en *World Politics*, 51 (2): 205-235.
- Tepšić, Goran. (2012). „Nacionalni identitet i (zlo) upotreba *drugog*". Beograd: Godišnjak FPN.
- "We were all close to go crazy"
<http://www.theguardian.com/music/2007/may/24/classicalmusicandopera.worldmusic>. Consultado el 12 de julio de 2013.
- Žižek, Slavoj. (2011). "Lacania and the Balkans' Real", en Bjelić, Dušan. *Normalizing the Balkans: geopolitics of Psychoanalysis and Psychiatry*. Wey Court East: Ashgate Publishing Limited.